



TESTIMONIO DE MIS ORÍGENES



Editoras

Estela Imigo
Camila Martínez



TESTIMONIO DE MIS ORÍGENES



Editoras

Estela Imigo
Camila Martínez

Editoras: Estela Imigo y Camila Martínez
Corrección de estilo: Camila Martínez y Estela Imigo
Diagramación: Estela Imigo
Diseño de portada: Estela Imigo
Valdivia 2023

ÍNDICE

Prólogo.....	9
--------------	---

GANADORXS

PRIMER LUGAR: ESTUDIANTES

La verdad de mi origen.....	15
AMANDA SAYEN SCHWERTER SEEMAN	

SEGUNDO LUGAR: ESTUDIANTES

Liceano pavo.....	23
MAITE CAÑETE	

TERCER LUGAR: ESTUDIANTES

El hogar de la nostalgia.....	29
AYLEN BECERRA	

MENCIÓN HONROSA: ESTUDIANTES

Nadie fue.....	33
JULIETA S. ACUÑA CÁRDENAS	

GANADOR DOCENTES

Testimonio de mis orígenes.....	37
ALEJANDRO MARTÍNEZ	

RELATOS

¿Es una decepción?.....	43
ISABEL AGUILERA	
De todos lados.....	45
CAROLINA ARRIAGADA	
Amor sin barreras.....	48
MARTINA CÁRCAMO	
Camino al colegio.....	50
SOFÍA FLORES	
Mis orígenes.....	52
PAOLA JIMÉNEZ	
Todo lo que se llevó consigo.....	53
VALENTINA MIERES	
Los angelitos.....	56
NICOLE MONJE	
Amor del viejo.....	57
ÁNGELES OCHOA	
Presencia.....	60
ISIDORA REYES SALAZAR	
Aquello que no soy pero quizás fui.....	61
YESENIA SEGUEL	
Un nombre con historia.....	65
PAULA SANHUEZA	

El camino de papá.....	69
CATALINA SENEN	
Mi historia familiar.....	71
JAVIERA SUAREZ	
Los porqués de como soy.....	73
CAROLINA TOPP	
Zapatillas sucias.....	78
CID	

Prólogo

Testimonio de mis orígenes nace a raíz del concurso literario organizado por BiblioCRA durante el primer semestre del año 2023 con el ánimo de fomentar una educación literaria y promover las voces de los futuros talentos de nuestro colegio. Quisimos en esta ocasión proponer como tópicos el testimonio de vida para celebrar el pasado y cómo este ha forjado quienes somos, especialmente, en un mes donde se conmemora la diversidad en el Día Nacional de los Pueblos Indígenas y el Día Internacional del Orgullo LGBTIQ+.

Los relatos reunidos en este libro son pequeños fragmentos de historias personales y familiares, constantes cuestionamientos respecto a quiénes somos, a quiénes deseamos ser y a quiénes hemos sido. Podrán encontrar anécdotas que cuentan hermanos, padres, tías, abuelitas y abuelitos y que cada uno imagina de acuerdo a sus propias experiencias, es por ello que se dibujan escenas cuya veracidad es cuestionable a veces; sin embargo, eso poco importa, porque la pluma tras ellas es honesta. Escribir es reflejar quiénes somos, sin importar qué tan similares a la realidad sean los hechos narrados. “Profe, ¿puedo inventar

el final? ¿Una parte? ¿Y si invento todo, está mal?”, fueron parte de las interrogantes de las/os estudiantes quienes se debatían entre ser verosímiles o veraces, fue así que comprendieron que la escritura es un acto creativo relacionado con la proyección de un devenir.

Para algunas/os autoras/os de estos relatos, el testimonio de vida se tornó en una forma de retratar aquello que ha generado una herida; no obstante, la escritura se transformó en una cura en tanto les otorgó un espacio que les permitió reinterpretar los recuerdos para re-tramar una historia desde la perspectiva del presente.

Estudiantes, funcionarios, profesores, más allá de esas etiquetas, todas y todos son personas con historias detrás, que vienen de algún lado y desean conocer quién estuvo antes de ellos o qué ocurrió cuando aún no tenían la consciencia suficiente para recordar lo que sucedía a su alrededor. Es difícil pensar en un concepto que pueda reunir a generaciones tan diversas, pero aquí las encontramos. Por eso, agradecemos a quienes se animaron a participar en la convocatoria de “Testimonio de mis orígenes”, dejando un pequeño fragmento de su esencia y recuerdos en estas páginas.

CAMILA MARTÍNEZ Y ESTELA IMIGO
BIBLIOCRA COLEGIO NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN VALDIVIA – 2023

Primer Lugar: Estudiantes

La verdad de mi origen

AMANDA SAYEN SCHWERTER SEEMANN

Advertencias: Menciones de temas sensibles.

Mi origen es ambiguo, soy Amanda Sayen Schwerter Seemann y toda mi vida me he estado buscando, perdiéndome mil veces para lograr encontrarme, todo para intentar olvidarme de las cicatrices y el sufrimiento que mi familia acarrea consigo desde generaciones. Por parte de mi padre no sé mucho la verdad, supongo que porque no me gusta esa familia, pienso que son totalitaristas y eso no lo aprecio mucho. Lo que sí doy por seguro es que dentro de esa familia no hay tacto y no conocen lo que es la afectividad, creo que le hace mucho sentido el apellido Schwerter a ellos; “Espadas” en alemán, todo el mundo palidece frente a su presencia y cada célula se entumece ante la amenaza de la posibilidad de ser heridos. Por eso no me gusta hablar mucho de ellos, degollaron sentimentalmente a mi padre, haciendo que él quedara con un capullo toda su vida y opino que de eso nunca realmente se recuperó.

Ahora de grande supongo que está de más decir que porto este apellido no por su origen, sino para darle otro rumbo, además para portarlo como algo de lo que estoy orgullosa y lo estoy de mi padre, al menos sí; a pesar de lo difícil que fue, quien escapo temprano de casa trabajando como un perro, su pasado no lo define. Tiene heridas que solo bajo la luz de la luna se observan, es un ser sensible por dentro, sé que es ese niño asustado en la sala de una casa en Santiago, Chile que lucha contra el abuso de las “Espadas”. Si algún día me dices Schwerter piensa en mí como algo fugaz en la adversidad de la vida, ahí me encontrarás. Por otro lado, en el lado de mi madre, ahí sí que hay una historia amarga, así que iré por orden. Mi abuelo, quien ya falleció, era adoptado por parte de su madre. Su padre Hans, quien fue irónicamente un marinero, tuvo un encuentro casual con una mujer en uno de sus viajes y tuvo a Juan, mi querido abuelo, en ese tiempo mi bisabuelo estaba casado con una mujer quien no podía tener hijos, así que Hans sintió que mi abuelo era una especie de regalo para ella, a pesar de que engañó a mi bisabuela con otra mujer y llego 6 años más tarde con un niño bastardo básicamente. Ahí mi abuelo conoció a su “Mamá” quien era una prostituta y dueña de un prestigioso burdel, ella lo aceptó como un hijo sin chistar. De ahí todo fue cuesta abajo, a pesar de que mi abuelo quería mucho a la persona que lo había acogido, pero también sufrió mucho por la profesión de la autoritaria mujer, la conocida “Abuela Mery” quien tenía un corazón de oro, pero también tenía el signo de la decadencia impregnado en todo su cuerpo, testigo de todos los pecados capitales tatuados en él. Probablemente, cuando era un niño vio cosas que no debía o hizo cosas que se llevó a la tumba. Nunca nadie

entendió por qué mi abuelo cortó por completo el contacto con mi bisabuela en su lecho de muerte, un secreto llevado bajo tierra. Al mismo tiempo está la historia de mi abuela, quien quedó sin padre sin siquiera haber nacido. Al paralelo de su nacimiento, una vida se iba, la de su padre, ¿Irónico no? Una vida por la otra. Así de sucio juega la muerte, al mismo tiempo mi bisabuela era cada vez más débil debido a quedar viuda dando a luz, aun así continuo tuvo otro hijo, haciendo a mi abuela básicamente madre de los 2 menores, donde inevitablemente hubo incesto, violencia, violaciones y dolor. Mucha agonía. Lo que terminó de quebrar a la familia de mi abuela fue que en un día normal, mi bisabuela Clementina cayó al suelo y nunca más volvió a levantarse o respirar. Eso hizo que mi abuela a sus 21 años y con una pequeña niña en sus brazos (Mi madre) se replanteará su verdadero papel en la familia. Tuvo que dejar todo e irse a su lugar de origen a cuidar de la desolada y enferma familia. Ahí quedó mi madre por unos años. Creo muy en el fondo que mi madre nunca se lo perdonó, por haberla abandonado por una familia tan manchada. Pero nunca habla de ello, yo quien soy muy detallista lo veo en sus ojos, por más que lo disfrace, los ojos son la ventana del alma, es el pequeño rastro que no queremos revelar y ahí lo persigue hasta que abre la puerta de tu corazón. Durante los siguientes años mi mamá tuvo que adaptarse a sus dos familias; un burdel y una casa infernal. No tenía mucha opción más que desvelarse, escuchando los tacones balancearse en su sala o junto con un ambiente impregnado de lujuria eso o escuchar los gritos insanos que su otra familia solía soltar debido al largo historial de enfermedades mentales no tratadas. Lo mismo pasaba con mis abuelos quienes inevitablemente tuvieron que seguir

bajo ambos techos debido a la carencia de tener un hogar propio. Largos años pasaron hasta que tuvieron su casa, para aquello ya había nacido mi tío. Puertas adentro mis abuelos no se quisieron convertir en sus respectivos progenitores, por lo cual siempre velaron por la seguridad de mi mamá y la de mi tío, velando también por su felicidad, lo que lamentablemente no resultó del todo. Mi madre fue abusada sexualmente por un miembro de la familia de mi abuela. Siguiendo la manchada línea ancestral de mi familia, mi abuelo fue abusado por su padre y mi madre fue abusada por su tío. Ellos no pudieron romper el ciclo enfermizo de la vida, aun así ellos se convirtieron en lo contrario a lo que sufrieron en su vida. Mi abuelo fue la mejor figura paterna que pudo ser, dentro de sus propias cicatrices y mi madre sana día a día para entregarnos inclusive las estrellas. Encontró soporte en mi tío Pedro, quien la mantuvo alejada de su abusador que vivía bajo el mismo techo, escuchaban música toda la noche, esperando a que la oscuridad nocturna se vaya hasta ver el amanecer para respirar tranquilos y dormir. Mi abuela, sin embargo, hasta el día de hoy defiende a su hermano a pesar de todo el daño que le hizo a su hija. Ella se convirtió en una víctima más. Por ignorancia, por la escasez de amor o no lo sé, aún no lo logro comprender, de hecho. Ahora sí hablamos de Seemann. Su origen casualmente también es alemán y significa “Marinero” o también hombre del mar. Lo que explica un poco el hecho de mi conexión con el mar y las aguas, ahí me siento libre. Por eso volvemos al inicio a mi origen, les abrí mi corazón sin vergüenza contando mi sombrío pasado, para decir que yo estoy bien, pese a todo lo que mi pasado contiene, yo decidí que dejaría atrás todos los suicidios, enfermedades, dolor, abuso, etc. Para

darle un sentido nuevo a los Schwerter Seemann, escribo mucho porque los poetas, no sangramos ni lloramos, nosotros escribimos y sobre ello dejemos nuestra huella. Cuando muera quiero que así se me recuerde con todo y mi temeroso origen, eso es parte de lo que soy. A pesar de que yo planeo acabar completamente con mis dañadas raíces. No sería Amanda Sayen Schwerter Seemann sin todo el tormento que hay detrás de mi nombre. No somos quienes somos sin un pedazo de nuestra semilla de origen.

-Killerwitch.

Segundo Lugar: Estudiantes

Liceano pavo

MAITE CAÑETE

En 1986 había un joven de unos 17 años que soñaba mucho y a veces se le soltaban algunos tornillos.

Javier era algo rebelde, repetía discursos de quien sabe quién, escuchaba canciones revolucionarias y participaba de juntas algo curiosas. Estas acciones colocaban de mal humor a su padre que no estaba de acuerdo con todo eso, según eran puras tonteras, pero él solo creía que su papá no entendía el motivo y que era un amargado.

Javier y sus amigos tenían una “misión”: alborotar a la gente y hacer ruido sobre su lucha. Todo esto se llevaría a cabo cerca de la plaza colocando una bomba de ruido mientras que los que habían elaborado este plan se encontraban entre la multitud, los chicos iban muy preparados, según ellos, con la cara tapada y habían cosido la insignia de otro colegio en sus uniformes; ya sabían qué hacer porque no era la primera vez.

El plan había funcionado, la gente se alborotó. Otros salieron corriendo, llegó carabineros y todo el show.

Estos habían salido corriendo y “victoriosos” de haber logrado su cometido.

En la tarde se juntó con sus amigos a comentar lo que había sucedido, a mencionar que su cumpleaños se acercaba y los planes para ese día, hubo risas y entusiasmo.

El tiempo pasó volando, en dos días más Javier cumplía 18. Ese día despertó temprano para desayunar, se dirigió al comedor, ya que ahí se encontraban sus padres y hermanos, se sentó en la mesa muy tranquilo, hasta que se fijó en que todas las miradas se dirigían a él:

—¿Qué pasó? —preguntó extrañado.

—Quedaste enlistao’ —dijo uno de sus hermanos.

Lo que había dicho uno de ellos lo dejó aún más confundido, miró a su padre y este le dijo:

—Hijo, usted salió en la lista para dar el servicio —dijo muy tranquilo para, después, tomar su café.

Escuchar aquello lo puso tenso, miró a todos muy calmados.

—¿En serio? —preguntó a su padre quien asintió con la cabeza.

Este insistió, pero recibía la misma respuesta, sintió que el mundo se le caía encima, tenía tanto que hacer, sus estudios, sus amigos, su polola y su familia, en especial, su mamá a quien miró con pena y correspondió esta mirada con igual tristeza.

Javier llamó a sus amigos más cercanos para avisarles y después fue a visitar a su polola para darle la noticia.

Esos días pasaron volando, su cumpleaños ni siquiera lo emocionaba, pues para él solo significaba ir al servicio

militar. Para celebrar, su hermano lo llevó al cine, tal vez esto le subiría el ánimo, pero esa película era *Pelotón*.

Tercer Lugar: Estudiantes

El hogar de la nostalgia

AYLEN BECERRA

Esta es la historia de mi abuela, su casa, cómo fue construida, su pérdida y regreso.

Recuerdo vivir, ver y sentir por medio de videos y fotos una casa blanca, un poco desteñida y grande, con un patio repleto de diversas flores que pintaban de forma colorida y viva el abundante verde espeso que cubría la tierra. El pasto era tan largo que si me agachaba, a mi corta edad me cubría por completo solo dejando la parte superior de mi cabeza a flote. Más allá del cerco se extendía una amplia pampa amarillenta que dejaba en vista a lo lejos las calles y edificios de la ciudad.

El origen de la casa se remonta a cuando mis abuelos paternos se casaron, a mano de obra casi independiente, 3 hijos, y poco dinero se propusieron construir la casa. En inviernos y noches heladas cubrían los espacios abiertos con de las ventanas y techo con mantas gruesas y nylon. Dentro de la casa de estar hacían fuego, arropaban bien a mis tíos y así, apretujados, pasaban la noche.

Un día mi abuelo enfermó gravemente y falleció, con la casa aun incompleta. A pesar de las dificultades, mi papá y tío, junto con otros familiares y amigos de a poco

retomaron la construcción. Luego de un tiempo terminaron la casa.

Pasaron años donde cada fiesta, evento y año nuevo eran celebrados en esa casa, música célebre hasta tarde en la noche y resonantes risas borrachas por parte de las señoras. Siempre que muestran videos de ese lugar (que a pesar de estar en la ciudad, tanto el camino lo que la rodeaba parecían campo) me da un sentimiento de calidez, el cielo azul, el sol radiante.

Un día, por falta de dinero la tuvieron que vender. La familia vivía separada por varios años, hasta que se estabilizaron y mi papá reunió los documentos, se pusieron el objetivo de vender la casa y luego de mucho tiempo lo lograron.

La fachada era la misma pero el jardín causó horror en mi abuela, malezas que llegaban hasta los cables de electricidad, parches de tierra con pasto pisoteado por el perro que tenían (y que habían abandonado). El perro era viejo pero gracioso, pareció sonreír cada vez que alguien lo saludaba, a pesar de estar enfermo.

Mientras el perro se recuperaba, mi abuela iba resguardando el jardín, cortaba pasto, plantaba, regaba, al final su trabajo rindió frutos. Pasaron años y el perro viejo falleció, pero mi familia le brindó tanto amor como pudo, un árbol fue plantado en su honor. La casa hoy en día vuelve a ser colorida, tienen bonitas flores y ahora muchos acompañantes más, 4 gatos orgullosos y 2 perros juguetones.

Mención Honrosa: Estudiantes

Nadie fue

JULIETA S. ACUÑA CÁRDENAS

Era un día muy agotador y su cara lo decía, sus amigas la estaban molestando, siempre hacían eso, si una se levantaba con el pie izquierdo la molestaban entre todas. Las tres amigas vivían en una casona ubicada en el campo donde trabajaban en la lechería, estas tres amigas las conocían todos los trabajadores, ya que eran las únicas mujeres que trabajaban ahí. Todo lo hacían bien respecto al trabajo, pero también eran conocidas por andar metida en cosas no muy buenas.

Paola quien estaba teniendo un mal día —por culpa de su madre— obviamente no tomaba en cuenta las bromas de Beatriz y Marcela quienes se habían dado cuenta de que algo no iba bien, ella siempre era eufórica, inquieta, chistosa y parlanchina, no sabían que toda esa energía se la había quitado su madre. Las bromas de sus amigas no le sacaron ninguna sonrisa, ninguna risa, solo un sollozo que luego se transformó en un llanto. Paola dejó de lado la vergüenza y contó todo lo que le pasaba fuera del campo. Paola, por instinto, levantó la cabeza al sentir una mirada, esta mirada le pertenecía a Marcela quien le ofrecía una

taza de loza: “rómpela, yo lo hago cuando veo todo lo que pasa en mi casa”, le dijo Marcela.

Paola solo miró a Beatriz quien asintió con su cabeza, no lo pensó más y aventó la pobre taza contra la pared; de un rato para otro las tres se encontraban en el suelo acostadas rodeadas de loza rota. La alegría no duró mucho al recordar que a esa hora pasaba Don Jorge haciendo guardia, las amigas se pararon de inmediato para idear un plan, estas salieron de la casona sin que nadie las viera, se escondieron y esperaron la señal. Las sirenas se hacían presentes en el lugar, este trío de mujeres estaba listas para mostrar sus dotes actorales. Estas llegaron corriendo al lugar preguntando qué había pasado. “Menos mal estaban ajuera”, comentó don Jorge, “parece que entraron a roar”.

Paola, Beatriz y Marcela lograron su cometido.

Ganador docentes

Testimonio de mis orígenes

ALEJANDRO MARTÍNEZ

Nací en Valdivia un 14 de febrero en medio de contrapositiones constantes. Llegué a ser la sexta rueda de una familia que se debatía entre la inexperiencia de una pareja de estudiantes universitarios que vieron la urgencia de tomar las riendas de mi crianza; el cariño irrestricto de unos abuelos que inconscientemente buscaban expiar los pecados cometidos en su propia experiencia parental; y una tía que soñaba con convertirse en madre algún día y conmigo podía practicar.

Crecí en un hogar lleno de estímulos musicales que transitaban entre el rigor de Bach; la picardía de Mozart; la galantería a la antigua de Sandro y Raphael; el éxito fugaz de Sexual Democracia; el ritmo de Chayanne y Juan Luis Guerra; y que a veces —casi a escondidas— uno podía escuchar algo de trova cargada de realidad. Crecí en un mundo de adultos que buscaba consentirme a toda costa, pero me corregía si no sacaba mantequilla con el cuchillo de la forma adecuada; que me sorprendían con trucos de magia que se transformaban en la colación del día siguien-

te, pero me castigaban por una pataleta por no conseguir algún capricho.

Con una camiseta azul bien puesta trataba de comprender una pasión que me desbordó e incitó a aprender y conocer mucho acerca del fútbol y otros deportes. Aún resuenan en mi cabeza las butacas del coliseo que atormentaban al equipo rival durante un tiro libre o jugada decisiva, y la dicha de conocer en persona a un gran ídolo de infancia. Traté siempre de practicar el deporte que me pusieran en frente, y aunque no era muy hábil, por empeño no me quedaba atrás.

Aprendí a leer y escribir con un silabario antes de los 4 años porque quería leer el diario, pero a punta de Papelechos y cómics —además de la llegada del cable— me pude abstraer lo suficiente en ese tiempo de una transición que aún no acaba. Me refugié tanto en la lectura que recompensaban mis buenas notas con un Condorito o álbumes educativos de Artecrom. Todo esto me condujo inevitablemente a cuestionamientos que muchas veces eran sobre temas que no debía tratar porque seguía siendo un niño.

Por el trabajo de mi padre tuvimos que cambiarnos muchas veces de ciudad, conocí muchas realidades que aumentaron mis ganas de conocer y aprender, ya que, si bien no podía incidir en esas decisiones tan trascendentales, al menos sí tenía control sobre donde quería desarrollar mi conocimiento. Entre estadísticas deportivas, el grunge y el animé de la televisión abierta forjé una identidad que me permitió disfrutar mucho del tiempo a solas, pero que difícilmente lograba conseguir por ser ya el mayor de 3 hermanos.

Mis orígenes pueden interpretarse de muchas maneras más, pero siempre hay que considerar que llovía más que hoy.

Relatos

¿Es una decepción?

ISABEL AGUILERA

Volví del colegio como un día normal con mi papá en el auto. Al entrar a la casa vi a mi mamá extraña y con una mirada diferente. Me llamó y me dijo que tenía que hablar conmigo, no hay frase en el mundo que me ponga más nerviosa. En ese momento ella me muestra una foto mía y de la chica con la que hablaba y salía. Alguien cercano se la había mandado, ella me repitió mil veces de que estaba decepcionada, que estaba triste y que sentía dolor porque yo salía con ella. Yo solo quería irme, estaba solita y no podía hacer nada. En eso tocaron el timbre y salí a abrir, al darme cuenta que era mi papá lo abracé y me puse a llorar, en el fondo sabía cuál era su pensamiento y su reacción. El me prohibió verla y la amenazó, en verdad, me decepcioné de él, pensé que si me amaba me aceptaría e igual mi mamá. Yo solo quería desaparecer un momento, yo no quería comentar como me sentía con nadie ya que era una familia homofóbica. Solo llegaba a dormir y comer, trataba de tener el mejor rendimiento para que se sintieran orgullosos de algo en mí.

Testimonio de mis orígenes

Mi mamá al hablar con mi psicóloga me comprendió mucho más, cambió su trato hacia mí, aunque sigo en un proceso con mi familia, me siento mucho más cómoda y trato de mejorar su confianza y aceptación. Entiendo lo que piensan, aunque sea diferente a lo que pienso yo, no he recibido disculpas respecto a la situación. Aunque ya cambiaron las cosas para mejor, las palabras se repiten en mi cabeza aún; solo trato de mejorar y que se sientan orgullosos de nuevo.

De todos lados

CAROLINA ARRIAGADA ESPINOZA

Mi origen depende de a quién se le pregunte. Para algunos, vengo de la chacra, de los manzanos, del barro, de la cordillera. Para otros, pertenezco a la ciudad, a la fábrica, a las máquinas y al valle. Un sincretismo de espacios, contextos, manos manchadas, libros y letras, tantas cosas que forman mis raíces.

En realidad, la búsqueda de identidad se hace difusa, entre pregunta y pregunta, no se obtienen muchas respuestas. ¿Qué hago? ¿A quién escucho? ¿De dónde vengo? ¿De dónde quiero venir? ¿Quién soy?

Por el lado de mi familia paterna se ha formado una batalla constante respecto a la forma en que nacen nuestras raíces, el trabajo de la tierra y la cordillera eran lo que formaba a la familia, los manzanos y el trigo eran los que mantenían a los hijos. Por el lado de mi madre, los libros, el conocimiento, el trabajo en la fábrica eran la tónica del día a día.

Mis abuelos tienen claros rasgos indígenas, la piel morena, el cabello oscuro y grueso, pero ellos nunca lo admitirán. Nacieron en una zona mapuche, pero si les preguntan, ellos siempre vivieron en la ciudad, siempre serán más blancos que otros, siempre hay otro más indígena, siempre hay otro más moreno, nunca reconocen sus raíces.

Mi origen, la verdad, no es tan interesante, voy de aquí para allá dependiendo del clima. Como el nombre de una famosa canción: “debo partirme en dos”. A veces siento la tierra en mi piel, en otros momentos, la verdad es que no me siento parte de nada, tanto tiempo escuchando como ocultan lo obvio, tanto tiempo escuchando como se avergüenzan de sus génesis.

Tanto hablar de los hombres se vuelve repetitivo, las mujeres de la familia tienen una característica en común, cuidaron a sus hijos con los conocimientos ancestrales que tanto negaban. Como curar el ‘empacho’, ‘quitar el ojo’, preparar ulpo, hacer sopitas con lo que se podía para calentar la guatita, un agua con miel y matico, leche con boldo para el dormir tranquila. Ocultaban a sus hijos entre sus faldas mientras trabajaban, avivaban el brasero en los días fríos, enseñaban y ayudaban a los escolares de la casa aún sin tener educación formal, cultivaban los alimentos diarios y cuidaban la tierra.

Soy la que viene de la explotación, la que viene del trabajo, de la cordillera y del mar, aunque en realidad no sé si soy, o si ellos y ellas fueron, pero vengo de mujeres, aquellas que al frío arroparon a sus niños, la que tuvo que casarse obligada por su familia, la que en la crisis impro-

visaba la comida, soy tanto y a la vez no soy nada, no me siento de ningún lado, y a la vez, me siento de todas partes.

La verdad no logro tener una conclusión respecto a quién son dentro de esta mixtura de orígenes, relatos e incongruencias respecto a la identidad de mis antepasados. Pero si sé quien quiero ser, qué relato quiero construir y el orgullo que simboliza mi piel morena, los conocimientos sobre la tierra, lo que me enseñan las mujeres y la forma en que se construye el futuro.

Amor sin barreras

MARTINA CÁRCAMO

Cuando él era joven, era marino. Se destacaba por su fuerza, gentileza y gran afición por el mar y descubrir qué había más allá. Por otro lado, ella, una tierna chica de quince años, muy bella, esforzada, bondadosa y respetuosa con todos.

A pesar de que por aquellas épocas era demasiado común que las mujeres se casaran a muy temprana edad y quisieran hijos, ella deseaba lo contrario. No se abstenía al amor, solo quería disfrutar la belleza del mundo y la naturaleza.

Un día, cuando salió a comprar algunas cosas a la ciudad, vio unos grandes hombres que habían llegado con trajes. Le pareció graciosa la forma en la que caminaban, pensaba que eran unos creídos, hasta que vio a un chico alto, tonificado y con una sonrisa que deslumbraba. En sí, la parecía lindo, pero lo que más captó su atención fueron sus ojos azules, que resaltaban con su cabello oscuro.

No sabía quién era, pero le parecía muy apuesto. Sin darse cuenta, su canasta con provisiones para el mes se cayó de sus manos de la pesada que estaba. Muchos de

aquellos hombres uniformados se apresuraron a ayudarla, incluyendo al apuesto chico de ojos azules. Ella no le importaron los demás, sino la voluntad de él. A pesar de que sintió una extraña conexión con él, decidió no hacerlo notar.

—Gracias —dijo, agarrando su canasta y sin mirarlo, se fue.

Ya había caído la noche y ella no dejaba de pensar en la situación. Nunca se imaginó que algo así pasaría en su vida. Ella, tan recta, sintió que se había enamorado. A la mañana siguiente, mientras se dirigía la casa vieja, la casona de sus patrones vio que al frente, en el pequeño hogar adornado con bellas flores, había un chico arreglando un auto. Concentró más su mirada en él y se dio cuenta que era aquel chico de ojos azules.

Empezaron a saludarse cada día por la mañana y ella confirmó sus sentimientos hacia él, pero estaba a punto de cumplir los dieciséis y él veintitrés. Aun así, él decidió esperarla por tres años con tal de casarse.

Aún así, ella no renunciaba a sus sueños, pero tampoco al amor de su vida. Así que idearon un plan para viajar los dos. En uno de sus viajes, se enteraron del primer embarazo. Llegaron a una ciudad muy bonita llamada Valdivia, en donde él podía trabajar en barcos y ella dejaría de servirles a sus patrones en la vieja casona alemana, pero los seguiría visitando por todo el cariño que les tenía.

Pasaron los años y tuvieron cuatro hijos, viviendo aventuras siempre. Y como dicen “hasta que la muerte los separe”, se mantuvieron juntos, amándose y respetándose. Tal vez incluso en el cielo estén juntos, al fin y al cabo, eran tal para cual.

Camino al colegio

SOFÍA FLORES

Ese día me levanté como cualquier otro, mi alarma sonó a las 5:15 am. Fui al baño, me lavé los dientes, luego fui a la cocina, tomé desayuno y cuando ya eran las 6:15 am desperté a mi mamá para irnos a tomar el bus a la esquina. A las 6.30 pasa el bus y me subo porque justo ese día se me ocurrió la genial idea de tomar el bus de las 6:30. Una vez que ya me senté se me vino un pensamiento de la billetera, resultó que no había echado la plata del pasaje, por suerte, el bus iba lento y no estaba tan lejos de mi casa, así que rápidamente le dije al chofer que me deje ahí, me bajé del bus y fui corriendo camino a mi casa, pero primero tenía que cruzar el puente mecano al cual le tengo terror ya que desde ahí cayó mi abuela y murió. Lo crucé rápidamente y seguí camino a casa, pero cuando estaba llegando a mi pasaje veo a dos tipos comprando papelillos, hice como que no los vi y seguí, pero me percaté que atrás mío venía una camioneta siguiéndome hace rato, así que comienzo a correr y la camioneta se fue. Hasta que por fin llegué a mi

pasaje, corrí hacia mi casa y el perro del pasaje me desconoce y me persigue hasta que logré llegar a casa y toqué la puerta a mi mamá, pero no me abrió, supuse que se asustó así que le dije que era yo, me abrió y con cara de espanto me dice: “Qué te pasó” y yo le dije: “Se me quedó la plata”. Fui a mi pieza por la billetera y no estaba, ¡siempre estuvo en mi mochila!

Mis orígenes

PAOLA JIMÉNEZ

Estoy construida desde la húmedad de la Selva y la Cordillera de los Andes.

Ella sureña perdida en la gran ciudad y él ansioso de tranquilidad.

Un día lluvioso de mayo, Valdivia y Santiago dieron vida a la mezcla de una lluviosa en el silencio y el anhelo de ruidos y luces de la euforia capitalina.

El equilibrio entre agua dulce y salada, frío y calor, mar y nieve.

El punto de encuentro: Ambos tenían un río donde poder navegar.

Todo lo que se llevó consigo

VALENTINA MIERES

Viernes en la mañana, despierto con un sol infiltrándose por mi ventana que me obliga a abrir los ojos y acaparar fuerzas para empezar un nuevo día. Me levanto de mi cama y siento un delicioso aroma a pan tostado adentrándose en mi habitación. Me visto y arreglo los últimos detalles de mi maleta como me es costumbre. Bajo las escaleras y veo a mi madre esperándome con la mesa puesta para desayunar lo que sería nuestra última comida juntos por un largo tiempo.

Durante esto, ella me regala una serie de consejos y advertencias para mi primer viaje solo hacia un lugar desconocido, a cargo de una persona desconocida. Resulta que ya es hora que comparta el resto de mi adolescencia con aquel extraño que he visto pocas veces, siempre en compañía de mi progenitora.

Mi mente solo puede pensar en cuánto extrañaría el olor a pan recién tostado en las mañanas, el sol y la brisa veraniega que me conmovía de Viña del Mar.

Después de estar atrapado en mis pensamientos, sumido en una realidad abrumadora, mi mamá me habla para que me alista, porque se nos está haciendo tarde. Subo a mi habitación y diviso por última vez el que fue mi lugar seguro trece años. Una nostalgia y pena recorre mi cuerpo. Se me hace un nudo en la garganta y siento cómo la primera lágrima cae desde mi ojo y viaja por mi mejilla. Ante esto, me armo de valor, agarro el mando de mi maleta y salgo de mi habitación, sin mirar atrás.

Salgo de mi casa y subo al auto rápidamente para embarcarme en lo que podría ser la aventura más aterradora de mi paso por este mundo.

Al llegar al terminal de buses, reaparece ese sentimiento de nostalgia, pero mucho más fuerte. En este punto, llegamos a tiempo y en cinco minutos más, el bus emprende su viaje. Subimos la maleta y procedo a despedirme de la mujer de mi vida, la cual me cuidó y protegió desde que tengo memoria.

Ambos lloramos por un breve momento, ya que el auxiliar hizo su última llamada para subirse. Con el alma en un hilo y el corazón en la mano, subo al bus y me siento en la fila del medio, al lado de la ventana. Veo a mi madre hacerme señas en forma de despedida, pero decido no continuar viéndola, ya que la tristeza y las lágrimas inundan mi cabeza.

Me siento solo y abandonado por primera vez. Sabía que esto pasaría de alguna u otra forma, solo que no tuve tiempo para prepararme. Me quedo dormido y al despertar nos encontramos próximos a llegar a nuestro destino. El paisaje ha cambiado: los árboles son verdes y un cielo gri-

sáceo me recibe en mi llegada, acompañado de frías gotas de lluvia deslizándose por mi ventana.

Siento cómo el bus se detiene y nos encontramos en el terminal de ese lugar. Al bajar, veo a lo lejos a quien sería mi padre. En mi opinión, no me parezco en nada a él en ningún sentido. Me acerco y me recibe con un abrazo. Para mí, el abrazo más frío y forzado del planeta. Para él, el inicio de lo que sería su viaje en el mundo de la paternidad.

Nos subimos al auto y nos dirigimos hacia mi nuevo hogar hasta que entre a la universidad, que por términos prácticos, tendrá lugar aquí, en Valdivia.

Los angelitos

NICOLE MONJE

Recuerdo que estaba muy grave en el hospital, los doctores decían que no saldría de ahí con vida. Mi hijo menor me esperaba junto a su madre esperando a que todo salga bien mientras yo luchaba por seguir con vida, aunque me sentía débil, llegó un momento en el que me dormí y a lo lejos vi a mi hija, la cual falleció a causa de un cáncer. Estaba ahí con una gran sonrisa en su rostro; de repente, apareció mi nieta mayor quien en ese tiempo tenía seis años, las dos se encontraban tomadas de la mano con una sonrisa angelical y, con ternura, sus ojos reflejaban esperanza y amor.

Finalmente, desperté con los ojos llorosos, sentía alegría y tristeza al mismo tiempo, agradecido de poder ver a mi hija. Pasó el tiempo y logré salir del hospital, todo gracias a ellas, me dieron la fuerza suficiente para seguir viviendo y desde ese momento siempre digo: “ellas fueron los angelitos que me salvaron”.

Amor del viejo

ÁNGELES OCHOA

Era un día soleado de verano en la ciudad de Iquique, donde arribó una embarcación, al llegar a esa hermosa ciudad luego de tanto tiempo vagando sobre el mar, un grupo de marinos decidió salir durante la noche a disfrutar de las coloridas discoteca de la ciudad; sin embargo, Hugo, el protagonista de esta romántica historia, a pesar de gustarle mucho salir y disfrutar, decidió quedarse en el buque y descansar.

A la mañana siguiente, aquel grupo de marinos volvieron al buque completamente fuera de sí, efecto del alcohol. Llegaron todos con un extraño antojo de comer helados, por lo que Hugo al ser de los pocos dentro de sus casillas, a pesar de no ser un gran amante del helado, tuvo que acompañarlos.

Rondaban las 08:00 am, cuando Alejandra, quien trabajaba en un kiosko donde casualmente vendían helado, vio entrar aquel grupo de marinos, de los cuales uno llamó su atención. Era alto, moreno, de ojos y cabello oscuro. Se encontró con su mirada, directa y suave, ambos lo sintieron: amor a primera vista.

El marino se acercó al mostrador, compró para sus compañeros y sin perder ni un segundo, invitó a aquella chica a salir, sin más. Ella aceptó su propuesta y tal como acordaron, se encontraron en la tarde de ese mismo día.

Salieron, se conocieron, ella sintió como si lo conociera de toda la vida, como si ambos hubieran estado destinados a juntarse; sin embargo, no todo es perfecto, ya que él le comentó que, siendo marino, solo estaba de paso por la ciudad: “una semana y cinco días”, dijo el marino, notando algo de tristeza en el rostro de la chica. Fue ahí donde apresuradamente y con audacia, él le propuso a Alejandra ser pololos durante esa semana y cinco días. Ella, algo sorprendida, decidió escuchar a su corazón y aceptó.

Pasaron los días, sin falta se vieron cada tarde, aprovechando y disfrutando de aquel amorío tan repentino. Muchas caminatas por las costas de Iquique, besos, abrazos y mucho amor, esa semana y cinco días se fueron volando. Llegó así el día en que debían despedirse. Se dieron un par de abrazos hasta que él dijo:

—Se acabó.

Ella lo observó algo confundida y él continuó:

—Se supone que estaríamos juntos una semana y cinco días, ahora que ya pasó, estoy terminando contigo.

Esas frías palabras dejaron aturdida a la pobre chica, quien, desilusionada y sin palabras en la boca, no hizo más que irse en silencio.

Mientras ella caminaba sola y algo triste, alguien llegó corriendo detrás. Para su sorpresa era ese marino, Hugo, quien en sus manos sostenía un oso de peluche y chocolates. Éste rápidamente dijo:

—Terminé contigo porque solo te pedí estar juntos durante una semana y cinco días. Ahora te pido que vuelvas, pero para estar juntos toda la vida.

Presencia

ISIDORA REYES SALAZAR

Esta historia comienza en una fría noche de otoño, Doris dormía tranquilamente en su dormitorio que reflejaba la luz de la luna a través de sus grandes ventanas. Ella no dormía en compañía de alguien, cabe aclarar. En medio de esa noche, se oyó una voz familiar, voz que provenía de un costado de la cama, no le pareció extraño, recordaba haber compartido habitación junto a su esposo. Pero, ¡oh! eso fue hace un largo tiempo atrás ¿Quién se encontraba ahí en ese momento?

Le resultó bastante curioso que la presencia a su lado tuviera una calidez tan conocida, lo mismo con su timbre de voz. Más tarde, ese mismo día, preguntó a su esposo por aquella situación de la que negó haber sido parte debido a la mencionada separación de dormitorios. Doris al no encontrar respuestas, dejó ese acontecimiento sin más, pero no sabía lo que ocurriría después con esa presencia que se decidió a visitarla. Esto era tan solo el inicio.

Aquello que no soy, pero quizás fui

YESENIA SEGUEL

Cuando pienso en mis orígenes, recuerdo parte de mi infancia, imágenes vagas pasan por mi mente, recuerdo la hierba larga de una pradera grande y seca en verano, que solíamos visitar, una casa vieja sin pintar, que tenía un piso que crujía en cada paso, una puerta delantera poco utilizada y una puerta trasera con escaleras que te llevaban al patio, ese patio inmenso y maravilloso que terminaba en el río, que era infinito a la vista de una niña pequeña, un baño peculiar alejado de la casa, donde no había cadena que se pudiera tirar, un campo, el campo del abuelo al que visitábamos, aquella familia que alguna vez tuve y de grande ya nunca volví a visitar.

Mis orígenes son difusos, confusos y a veces un poco melancólicos y tristes de pensar. Mi padre venía de las montañas del sur de nuestro país, en específico de la novena región de la Araucanía, una zona, un lugar, llamado Reigolil, cercano a la frontera con Argentina, un pueblo, poco visitado, poco conocido, que alberga principalmente a personas de sangre mapuche. Mi abuelo paterno venía de aquella zona y relataba a veces historias de su precaria infancia, de sus pies descalzos, de su pan casero con mar-

garina que podía comer a veces, de su madre esforzada que se lo daba, de su padre ausente que no “dio” su apellido, por lo cual se repetía con fuerza el materno, apellido que todos sus descendientes cargamos hoy en día, un apellido con fuerza, pero no mapuche en un cien por ciento, se cree que el padre que no tuvo el coraje de reconocer a su hijo llevaba ese apellido especial, particular, originario de nuestras tierras Araucanas, apellido que simboliza una sangre guerrera, una sangre cuestionada y abandonada pero que debe llevarse con orgullo por quienes tienen la fortuna de portarla.

Mi papá tenía algunas costumbres que simbolizaban una crianza en contacto con la tierra, con la gente de la tierra, a cada casa donde llegábamos, plantaba un canelo, la última casa donde viví con él tenía más que uno, muchos canelos, porque era nuestra casa definitiva, la casa que con esfuerzo lograron tener él y mi madre por algún tiempo. Carnívoro por excelencia, comíamos mucho una carne que, para otras personas, para el común del gentío, puede ser extraña, pues viene de un animal que relincha y es difícil imaginar a tan magnífico animal, como fuente alimenticia, cuestión que no pasa con los animales que muyen.

Nunca pensé que estas costumbres fuesen diferentes a las costumbres de otras personas, solo cuando crecí y vi que no era lo común. Como a mis 11 años cuando aprendí con dolor que mi padre no creía en la medicina tradicional, prefería a las personas que eran conocidas como curanderos, es así como una vez uno de estos curanderos me “arregló” un brazo zafado de un solo tirón, aún recuerdo la sensación de esas manos tocando el brazo hinchado, la fila que había detrás de mí esperando su turno

con este mago de la medicina que arreglaba varios males, la penumbra de la casa en la que vivía, casa humilde, casa sureña, casa de pueblo pequeño y recuerdo el grito ahogado que lance cuando tiró de mis huesos.

Mi familia no llegó completa a Valdivia, y sigo teniendo a la mayoría de mis parientes en lo que se conoce como zona lacustre. Las costumbres, los rituales que pude haber observado alguna vez de forma tan cotidiana, no han seguido en nuestro camino, principalmente porque esos recuerdos se ven borrados, maltratados por circunstancias de la vida, aún, sin embargo, recuerdo esas sensaciones y valoro esos momentos de libertad en la tierra, de conocer animales, de ver muchísimos árboles, de tomar las hierbas no de un té envasado, de comer carnes quizás más extrañas, de criar animales aunque fuese en los patios pequeños de cada casa que arrendábamos, de tener esa libertad de campo pero viviendo en una ciudad.

Viajo con estos recuerdos, con estas sensaciones en mi mente, cuando veo por una ventana un paisaje verde, de árboles frondosos que bailan con el viento, siendo una extraña melancolía. He creado mis raíces en base a lo que alguna vez escuché cuando era pequeña, a lo que alguna vez viví, sentí, creí, he formado mis raíces y mis orígenes en base a los relatos de terceros que vivieron más aquella otra vida, y con ello formo los cimientos de quien soy ahora, en estos tiempos, en esta vida.

Ahora tengo a dos valdivianos en nuestras filas, tenemos amor por los ríos que recorren las tierras húmedas y esponjosas. Pero cuando llego a mi zona lacustre, a mi origen, a esas tierras especiales, es como si volviera a respirar un aire que tenía guardado, contenido, por si no volvía

Testimonio de mis orígenes

a estar en aquellos lugares, porque por más lejos que uno viaje, por más tiempo que pase, el lugar de crianza, el origen de tu sangre, siempre te acompaña.

Un nombre con historia

PAULA SANHUEZA

En un pueblo de la pampa cuyo nombre prefiero no recordar, nació flacucha y de siete meses una niña que casi se llamó Paola, pero se terminó llamando Paula. Del segundo nombre ni qué decir, que el nombre de la tía sería bonito, sugirió la hermana. Esa hermana mayor que con saña me atormentaba con historias que decían que había sido recogida desde la basura.

Pero la verdad sea dicha, la cosa no fue tan terrible como eso, pero no estuvo exenta de dificultades. A las carreras y en un frío mayo que calaba los huesos, tuvo mi padre que terminar de reunir lo necesario para que la segunda hija llegara a la casa. Hija que se le ocurría llegar nada más ni nada menos que dos meses de lo esperado, si una no es ansiosa por que sí. La cosa es de nacimiento.

Solo que mi padre no sabía que antes de poder recibirme en la casa, la guagua flacucha debía pasar por la incubadora para que mi cuerpo terminara de completarse y engordar los escasos 1800 gramos de peso, para que los pulmones maduraran del todo, le repetía la doctora a

mi madre. Incubadora que trajeron de un pueblo vecino y cadenas de oración para que la bebé sobreviva y leche de otras madres recolectadas en mamaderas de vidrio en plena noche. Penurias que tuvieron que pasar mis padres antes de que su hija menor, o sea yo, pudiera llegar a casa.

Que cabía en una caja de zapatos cuando salí del hospital, me siguen repitiendo hasta hoy, y que en pleno invierno, no podían más que estar en polera dentro de la casa porque el calor era insoportable, pero que era necesario para ayudarme a regular la temperatura. Y que una de esas tantas noches en que la chimenea funcionaba a todo lo que daba quedaron solo las suelas de los zapatos de mi hermana, a los que unas brazas consumieron el resto.

Seis meses duró mi estadía en la Argentina, cuando mis padres decidieron volver a Chile conmigo y mi hermana. Y de ser prematura, terminé siendo una guagua rolliza que lloró a todo pulmón tras pasar la cordillera.

Después de casi treinta años volví a conocer mi terruño. Sigue siendo un pueblo perdido en la pampa, sigue la gente saludándose por el nombre “como andás Cristina” le dicen a mi tía, la que me heredó su nombre. Ella se quedó y es mucho más argentina que chilena. Con ella recorremos las calles de su pueblo, que es también mi pueblo. La estación de trenes hoy deslavada y medio abandonada, la plaza de pueblo en la que no falta gente sentada en los bancos a la sombra de unos árboles medio escuálidos, los niños jugando o saboreando un helado. Y un calor de enero que obliga a dormir la siesta y esperar tomando mate que, a eso de las 5 el pueblo retorne a la vida.

—Ahora que volviste a venir Paulita, tenés que hacer algo. Acompañáme. Me dice mi tía.

Camino con ella por las calles, algunas incluso conservan adoquines, caminamos hacia el centro, mientras me va contando cosas sobre el pueblo; de pronto, se detiene y entramos a un consultorio.

Le explico a mi tía que me encuentro en perfecto estado de salud. Me sonrío y dice:

—Lo sé, hija, tranquila.

Toca una de las tantas puertas del lugar y, con un gesto entre nerviosa y alegre, espera que desde adentro nos pidan entrar. Sin mediar explicación ingresamos a una salita pequeña y bien iluminada, el olor a hospital me inunda los sentidos. Frente a nosotras y detrás de un escritorio una mujer un poco mayor, de pelo encanecido y con una mirada dulce nos pregunta qué se nos ofrece:

—Te pasó algo, Cristina, le dice mirándola preocupada.

Mi tía le sonrío con los ojos y responde con otra pregunta:

—¿Te acordás que hace muchos años mi cuñada chilena tuvo a una bebé prematura?, le pregunta mi tía a la mujer de bata blanca. Ella hace memoria por unos instantes. Mientras eso pasa pienso para mis adentros que de seguro, no se va a acordar, no se va a acordar, pienso en decirle a mi tía que deberíamos irnos.

La doctora se sonrío, y en sus ojos brilla el destello de aquello que se recupera del olvido.

—¡Claro que sí, Cristina, si tuvimos que traer la incubadora desde Strueder! Mientras se pone de pie histriónica.

Testimonio de mis orígenes

—Cómo no, si tuvimos que conseguir entre las mujeres que estaban amantando leche para esa pequeña. Y cuánto no me pelee con el director del hospital porque le subíamos a la calefacción a todo lo que daba. Claro que me acuerdo —dice mientras me observa incrédula.

—Pues esta es la pequeña, dice mi tía mirándome. Paula, se llama, como vos.

El camino de papá

CATALINA SENEN

Todo comenzó cuando mi abuela la trasladaron desde La Unión al hospital de Río Bueno, porque no había espacio en el hospital.

Papá nació en Río Bueno, pero vivió casi toda su vida en... mmm es un poco difícil de explicar, ya que él estuvo viviendo en distintas ciudades: La Unión, Santiago, Concepción, Catamutún y Valdivia. Papá desde pequeño no vivió mucho con mis abuelos, sino que con mis tíos abuelos con mis bisabuelos, pero vivió más con mi tía Inés (hermana de mi abuela) y su esposo, él tío Pio.

Papá hizo su pre-kínder y kínder en Catamutún, ya que mi tata trabajaba en las minas de carbón. Toda la parte de enseñanza básica en La Unión con la tía Inés, allá en La Unión estudiaba en el Colegio Santa Marta de monjitas. Una de sus historias en ese colegio fue cuando una vez, una de las monjas le tiró las orejas por faltarle el respeto solo porque no le devolvieron la pelota, con la cual él estaba jugando y también que todas las mañanas, al llegar al colegio, las monjas les revisaban las uñas, las orejas y el cuello para ver si estaban sucios ¡qué miedo!, ¿no?.

Testimonio de mis orígenes

Los únicos días en los que veía a mis abuelos eran los viernes, sábados y domingos. Papá repitió octavo año y decidió devolverse a Catamutún solo un año, luego de que pasó ese año, se fue a vivir a Valdivia con mis bisabuelos de parte materna. Después se fue a estudiar a Santiago con mis otros bisabuelos de parte paterna, hizo todo su segundo medio allí. Otra vez volvió a Valdivia se matriculó en el Industrial, lo mandaron para Osorno a principio de año, porque era más fácil viajar de La Unión hacia allá. Repitió su tercer medio en el Liceo Industrial de Osorno y ahí fue donde conoció a mi mamá.

Cómo explicarles que a mi mamá no le agradaba mucho mi papá, pues ella lo encontraba un tanto... mmm no sabría decir la palabra correcta, pero simplemente no le agradaba. En cuarto medio empezaron a salir y luego se convirtieron en pareja oficial. Papá terminó su cuarto medio junto a mi mamá, luego tuvo que irse a Concepción a estudiar un año en la universidad. Una vez más, papá regresó a Valdivia a estudiar otra carrera, luego de terminarla, tomó la decisión de quedarse y empezar a trabajar.

El 5 de febrero del año 2005, Deny e Isabel se casaron y decidieron irse a vivir juntos en una residencia en Valdivia.

28 de junio del 2007 fue el día más feliz de todo el mundo, ya que nació su hija Catalina, sigo pensando que fueron pocos originales con mi nombre, pero bueno...

Mi historia familiar

JAVIERA SUAREZ

Esta historia comienza con una familia de excelentes recursos económicos, teniendo una vida bastante acomodada.

Nuestra protagonista se llamaba Rosa, quien a pesar de no ser la favorita, estaba viviendo una buena vida. O así fue hasta que se enamoró de un trabajador de “bajos recursos”. Cuando tomó la decisión de irse con él, su familia la expulsó de toda relación con ellos, cortando lazos completamente.

Ella creyó que podría vivir alguna historia de cuentos de hadas, pero resultó todo lo contrario, viviendo constantes abusos físicos y psicológicos de su ya marido.

Lo único que la mantenía cuerda eran sus hijos, sus trece hijos, quienes sufrían los mismos abusos. Ella los amaba a todos, pero tenía cariño especial hacia uno de los menores: Horacio.

Ambos se amaban y admiraban de tal manera que todos a su alrededor podían darse cuenta de su fuerte conexión.

Testimonio de mis orígenes

Horario, durante toda su niñez y parte adolescencia, observó cómo su madre sufría debido a la pobreza y su padre, con quien ciertos problemas con la vocación de Horacio, quien quería ser músico, tocando guitarra por el mundo.

Como Horacio insistía en seguir su sueño, su padre lo mandó al servicio militar, destruyendo a Rosa, que veía cómo su mundo se marchaba y con ello, su felicidad, su gran pilar.

Los porqués de como soy

CAROLINA TOPP

Preguntándome cómo es que me gustan las cosas que me gustan o porqué hago lo que hago, también las causas de ser tan mañosa, en fin..., tuve que remontarme a mi pasado, o sea, a cuando era chica y no podía hacer lo que quería ☹. Desde un inicio, cuando nací, mi madre se supone que sufrió tanto que, literal, no quiso y no tuvo más hijos, por lo tanto, soy lo peor de esta sociedad patriarcal: una hija única. Acá yo no concuerdo tanto con la gente porque se supone que debería ser egoísta, desconsiderada y consentida y ¡no, señor!, ¡no soy nada de eso!

Mi padre biológico se supone que no fue una buena persona, pero fallece cuando yo tenía 3 años, cosa muy rara porque mi madre siempre me dijo que había fallecido cuando yo era bebé, la cosa es que husmeando como de costumbre pillé el certificado del difunto santo paire y decía que murió algún día de 1993, por tanto, yo tenía 3 años. O sea que tuve que convivir con él al menos 3 años de mi gloriosa vida interplanetaria. Luego de esta confusa información sobre mi santo paire empecé a tener recuerdos (más que nada a los 5 años). Me siento bastante agrade-

cida de no tener recuerdos en esas edades tan tempranas porque uno nunca sabe si te abandonaron o, que sé yo, tal vez experiencias más traumáticas que pueden originarse en esos años sucedieron. Por mi parte, yo sufro amnesia infantil (esto último lo inventé porque no existe tal cosa).

5 años, kínder A, Colegio Nuestra Señora del Carmen (que nombre más largo para una niña de 5 años), 1995, tía Odette y tía Juanita, mis amores de kínder, mi primer acercamiento amoroso con la pedagogía; tal vez ellas, ahora que lo pienso y escribo este relato, fueron las responsables de esta magna vocación. Yo creo que en este tiempo pasaron varias cosas de las que me acuerdo, en este momento me gustaba el primer niño o, más que nada, me atraía de una forma afectiva; sin embargo, yo no era de su agrado, así que me rechazaba y cuando me ponía muy cargante con él me pegaba su guate o, no sé, creo que me empujaba algo así; triste la verdad, pero era la realidad que me tenía que tocar, ¿para qué?, ¿para formar carácter, señores! Sí que sí. Esa demostración empírica a mis 5 años de lo que es verdaderamente el rechazo creó en mí esta figura retorcida y vengativa en la que me he convertido hoy en día. Me gustaría exagerar, pero no, así mismo fue.

Años más tarde y dejando atrás la venganza y el rechazo, por fin aprendí a leer, sumar y restar, los principales huesos del cuerpo humano y me parece mucho que en esa pruebita supe lo que me gustaba jijiji. Ciencias Naturales, mi pasión forever and ever junto con Educación Física porque ¿qué mejor? Naturaleza con movimiento, simplemente, hermoso.

Y acá llegó el momento de mencionar a una de las personas más influyentes e inspiradoras de mi vida: mi

Lala. Ella fue la impulsora de varios aspectos de mi vida, pasando por lo intelectual hasta lo ideológico y revolucionario que pueda haber en mí. Hace unas semanas que mi Lalita ya partió y tuve que reacomodar este relato para tratar de contar todo lo que creo importante de contar.

De alguna manera, las pérdidas son hechos concretos que generan una revolución interna grande, te cuestionas desde cuáles son los aspectos que te causan cierto sufrimiento hasta cuáles son los propósitos de vivir tu vida como la vienes viviendo, en fin, es una revuelta grande que puede ser vista como una crisis que surge de lo que nos impacta y estremece.

Mis abuelitos, mi papá y ahora mi Lala. Ese es el orden en que han partido las personas más influyentes de mi vida y que de forma irreversible no volverán a estar presencialmente conmigo. Esto mismo a veces se hace insostenible porque uno piensa por qué yo no tengo a estas personas, o cómo sería mi vida si estas personas aún estuvieran acá y la respuesta es que sería maravillosa, lógicamente, sería mucho mejor de lo que está, pero la realidad es que solo en sueños tengo acceso a ellos y, además, en relatos como este. Lo importante, en definitiva, es darse cuenta de que efectivamente hubo personas tan influyentes que han dejado su toque en bastantes cosas que uno hace. Mis abuelos, por ejemplo, eran los únicos abuelos del barrio que en el mismo jardín tenían una huerta orgánica y sustentable y que cuando plantaban o cultivaban me incluían en esto dándome (tirándome) gusanos de diferentes tamaños, los cuales yo recolectaba en lo que era mi triciclo. Sin duda, algo tremendamente influyente en mí, no por el amor a los gusanos, sino por la experiencia cercana con la tierra y cómo esta nos proporciona en un espacio pequeño

(solo un antejardín) lo necesario para autocultivar hortalizas de uso propio y vecinal. Buen ejemplo de comunidad.

Mi papá, por su parte, me enseñó que los hombres pueden ser un verdadero aporte en la vida de una mujer, ya que él siempre fue un esposo-papá activo en todo lo que tenía que ver con la construcción de una familia. Gran aporte de mi papá no biológico que llega a mi vida a mis 5 años. Con él aprendí el verdadero valor de la confianza, esa confianza que generalmente te ganas conforme vas creciendo, yo sentía que confiaba en mí a pesar de no ser grande (mayor de edad-adulta empoderada), ya que siempre me dejaba hacer cosas que mi madre, por temor al mundo hostil en que vivimos, no me dejaba hacer. Él, por su parte, me hubiese dejado hacer lo que quería porque se daba cuenta de que mis ideas o mis anhelos eran importantes. A pesar de yo no tener una edad adulta, mis ocurrencias eran bastante originales, además, de tener él la verdadera certeza de que nunca decidiría algo riesgoso o estúpido (en mi adolescencia); para mí ese es el valor de la confianza que con él aprendí.

Finalmente, mi Lalita, última y reciente pérdida, fue una persona inspiradora en lo que respecta a formar lazos inquebrantables con personas que la misma vida te va otorgando y que, con mucho amor, vas acogiendo simplemente por el disfrutar compartir. Persona no tan alegre, de mirada siempre crítica, ella tenía un sentido de lo que significa tener ideales tan claros como son el posicionamiento político y cómo este estaba conectado afectivamente con lo que hacías con tu vida personal. En fin, son tantos los aportes significativos que puedo relatar de ella y que, al igual que mi papá, me enseñó el valor también de la confianza, pero aún más bonito, el valor de

que exista una persona que crea plenamente en ti, en tus capacidades, en tus logros, incluso, en tus defectos, todo eso no tiene precio alguno. Es tan grande ese valor que, incluso, en el dolor de la pérdida te hace sentir acompañada y esperanzada en el porvenir misterioso de lo que nos depara el destino.

Este ha sido mi humilde relato mega sintetizado pero con mucho sentido.

Zapatillas sucias

CID

Había una vez una chica que fue a visitar a sus abuelos al campo, todas las mañanas se levantaba a las 7 de la mañana para ir a trotar. De vuelta tomaba desayuno y se arreglaba para ir a andar en bicicleta antes que se fuera su abuela. Antes que se fuera su abuela, le dijo que tenga mucho cuidado con el puma, ella solo se rió y se puso a pedalear, cuando ya estaba cerca de llegar a la cruz se le cruza un ratón en medio de la calle, tuvo que esquivarlo y después siente algo que suena en su rueda, era una serpiente que tenía enredada entre medio, frenó bruscamente y le mandó un pisotón gigante haciendo que se le salga todo; después de limpiarse las zapatillas se devolvió a su hogar a contar lo que le había sucedido, al llegar a la casa le contó a sus abuelos, estos no le creyeron y se rieron de ella, al ver sus reacciones, ella se enojó y mató a su perro Artemio por venganza.

Testimonio de mis orígenes nace a raíz del concurso literario organizado por BiblioCRA durante el primer semestre del año 2023 con el ánimo de fomentar una educación literaria y promover las voces de los futuros talentos de nuestro colegio. Quisimos en esta ocasión proponer como tópico el testimonio de vida con el objetivo de celebrar nuestro pasado y cómo este ha forjado quienes somos.

Los relatos reunidos en este libro son pequeños fragmentos de historias personales y familiares, constantes cuestionamientos respecto a quiénes somos, a quiénes deseamos ser y a quiénes hemos sido.



**COLEGIO NUESTRA SEÑORA
DEL CARMEN**

